

Amaury B. Carbón  
Sierra

*Carpentier  
y la lectura  
de Epicteto*

**S**e puede asegurar que una constante en la producción literaria de Alejo Carpentier es la búsqueda en el pasado de los valores culturales y humanos permanentes, que constituyen lo que el gran escritor califica de herencia necesaria e ineludible. Ello se debe a su comprensión de que la tradición con su caudal de ideas, de mitos, de imágenes y conceptos, actúa sobre la sensibilidad y la conciencia de los hombres de ahora.<sup>1</sup>

Pero no es la preceptiva, la mayor o menor enseñanza de la literatura clásica —lo que llamaba Rabelais «la médula sustanciosa»— lo que nos encanta en ella, según Carpentier, sino más bien la sensación de que los siglos transcurridos apenas si han transcurrido, de que las cifras del calendario se han sumado sin hacer mella en la gran unidad del hombre, y que aquellos que vivieron en el siglo XVI y XVII no difieren mucho, si se mira bien, de nosotros mismos.<sup>2</sup>

También José Martí en «La historia del hombre contada por sus casas», había afirmado que «Estudiando se aprende eso: que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencias que la tierra en que vive [...]»<sup>3</sup>

<sup>1</sup> ALEJO CARPENTIER: «Vitalidad de los clásicos», *El Nacional*, Caracas, 29 de octubre de 1953.

<sup>2</sup> \_\_\_\_\_: «Actualidad de los clásicos», *El Nacional*, Caracas, 13 de mayo de 1952.

<sup>3</sup> JOSÉ MARTÍ: «La Edad de Oro», en *Obras completas*, t. 18, p. 357, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965.

Y antes, al referirse a los descubrimientos de Schliemann en Troya, había dicho que «el hombre dondequiera que nazca, es semejante a sí mismo; y puesto en igual época, o en iguales condiciones, ante la naturaleza, produce obras espontáneas, necesaria y aisladamente semejantes.»<sup>4</sup>

Es en correspondencia con estas concepciones que el novelista cubano relaciona con bastante frecuencia y de modo consciente hechos y acontecimientos de distintas épocas para destacar la similitud entre ellos, su esencia idéntica, principalmente en sus novelas. Recuérdese en este sentido sus relatos de *Guerra del tiempo*. Esa vinculación la establece sobre todo en formas que van desde un epíteto, un símil, y una imagen plástica, hasta las perífrasis y la cita textual.

Esta manera de ver y entender la cultura encierra a su vez una magnífica enseñanza sobre cómo disfrutar y apreciar las obras de los autores llamados clásicos, lo cual, parafraseando sus propias palabras, podría lograrse si se despoja a los personajes de sus trajes de época, de la retórica inevitable y las costumbres, y se les considera como seres vivos dotados de una humanidad que es la nuestra y que, bajo costumbres y maneras de hablar que no son las de hoy, conocieron las mismas pasiones, ambiciones, dolores, despechos, grandeza y críticas de nuestros contemporáneos.

Un buen ejemplo de la aplicación de estas concepciones teóricas se encuentra en su artículo de *El Nacional* de Caracas, del viernes 27 de noviembre de 1953, sobre «La cámara en el mundo antiguo». Carpentier critica allí las películas y novelas cuya acción transcurre en Grecia o en la Roma de los Césares, que no son capaces de situarnos en la vida diaria del hombre de la Antigüedad, de hacer de los personajes un reflejo de nosotros mismos mediante detalles íntimos y familiares como podrían ser el juego de niños, el desorden callejero o la tertulia de fámulas alrededor de ellas, que era lo cotidiano, lo familiar en la ciudad antigua, etcétera, idea esta que se corresponde con su teoría de los contextos desarrollada en *Tientos y diferencias*.

El autor de la Antigüedad que toma Carpentier para ejemplificar la coincidencia en muchos rasgos con el presente es

<sup>4</sup> *Ibidem*, t. 23, p. 23.

Epicteto, a quien, además de citarlo en este artículo, lo menciona de pasada en *El siglo de las luces*.

Fue Epicteto un filósofo estoico del siglo I d.n.e., frigio de nacimiento y de quien se conocen con precisión muy pocos datos. Se dice que fue esclavo de Epafrodito, liberto del emperador romano Nerón, y que a la muerte de su amo, ya libre, se dedicó a difundir en reglas prácticas para la vida la moral del estoicismo, que había aprendido de Musonio Rufo. Su discípulo Flavio Arriano describió en las *Pláticas* su doctrina, basada en el lema «soporta y abstente». Se conserva también de él su libro *Enquiridion* o *Máximas*, citado por Carpentier, el cual contiene setenta y ocho normas de conducta.

En su artículo, en el que Alejo Carpentier confiesa haber vuelto a saborear ese libro que tenía un tanto olvidado, toma o comenta pasajes de tres de las máximas de Epicteto de las cuales, más importante que la selección hecha, es a nuestros fines la forma en que, consecuente con sus postulados teóricos, las asume; si no, obsérvese detenidamente el siguiente fragmento en el que se indica entre corchetes la procedencia de cada texto:

Examina de pronto el filósofo la vida del atleta que se entrena para los juegos olímpicos y le dice, como podría decirlo un «coach» de nuestros días: «tienes que disciplinarte, seguir un régimen alimentario, abstenerte de pasteles, hacer ejercicios intensos, a la hora fija, haga calor o haga frío; no debes beber agua fría ni vino en cualquier momento, y entregarte a tu entrenador como si se tratara de un médico... Si no lo haces, procederás como esos niños que juegan a la lucha durante un rato, luego a los gladiadores, luego a ser trompetas y finalmente remedan una tragedia» [fragmento de la máxima XXXVI]. Dirigiéndose a un discípulo le aconseja que no vaya demasiado a menudo al teatro y, sobre todo, que al terminar el espectáculo no lo comente con excesiva ostentación —como si se refiriera a aquellos espectadores del cine que exteriorizan su aprobación o disgusto, de modo perentorio, al final de una película, para mejor edificación de los tímidos y de los mudos [alusión a la XLIX]. Y debe creerse que en tiempos de Epicteto las conferencias eran muy frecuentes, ya que el filósofo condena la afición de sus contemporáneos a escuchar «lecturas públicas», hechas por personas de

una escasa responsabilidad intelectual... [Referencia a la máxima L]

Del mismo modo, Carpentier utiliza el manual de Epicteto en su gran novela *El siglo de las luces*, en un pasaje en el cual el personaje de Esteban comprueba cómo el protagonista Víctor Huges se distancia cada vez más de él, transformado por el cargo de Delegado de la Convención de Guadalupe, que acaba de recibir: «“No te abrases a las estatuas” se decía el joven, con dolida sorna, citándose a Epicteto, al medir la distancia que ahora lo separaba de su compañero de otros tiempos.»<sup>5</sup>

En este caso hay una clara alusión a la máxima IX en la cual el filósofo aconseja, recurriendo al ejemplo de los que corren a abrazar estatuas, no buscar la gloria por fuera, en las multitudes ni mediante la ostentación de nuestros actos, sino en la paciencia y la frugalidad. Es muy probable que el novelista haya hecho la cita de memoria pues no está tomada textualmente, lo cual no era tampoco necesario. Bien podía Carpentier en los años en que escribió *El siglo...* (1956-1960) recordar la lectura de este texto que había realizado por segunda vez en 1953, según confesó en su artículo antes citado. Pero lo más importante no es dilucidar esta cuestión, sino reparar en cómo se ha aprovechado a los fines del escritor una obra que no es ni con mucho de las grandes producciones del pasado.

Por lo tanto, este ejemplo, como los anteriores, sirve para corroborar una vez más la afirmación hecha al principio y en otros trabajos, de que en Carpentier el empleo intertextual de las obras llamadas clásicas no obedece a un uso impensado, sino por el contrario, a concepciones personales sobre la herencia cultural y la forma en que ha de apropiársela. ¿Quién podría

du<sup>d</sup>arlo?

<sup>5</sup> ALEJO CARPENTIER: *El siglo de las luces*, p. 118, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979.